

EL SERVICIO PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La humanidad de uno que sirve al Señor

Lectura bíblica: Lv. 2:1-16; Jn. 6:57, 63; 7:37-39; 21:15-17

- I. La moralidad más elevada es una en la cual la divinidad es añadida a nuestra humanidad; la misma consiste en que los atributos divinos de Dios sean expresados en las virtudes creadas del hombre; hay siete asuntos principales que componen estas excelentes virtudes:**
- A. Debemos tener un amor extraordinario—1 Co. 12:31b; 13:1-8a; Mt. 5:44.
 - B. Debemos tener una comprensión ilimitada—Fil. 4:5-7; Lc. 23:34a; Mt. 18:21-22.
 - C. Debemos tener una fidelidad sin precedentes—1 Co. 4:2; 7:25b; Sal. 37:3.
 - D. Debemos tener humildad absoluta—1 P. 5:5-6; Jn. 13:3-5; 1 P. 3:8; Fil. 2:3; Ef. 4:2.
 - E. Debemos tener máxima pureza—Mt. 5:8; Sal. 73:25; 1 Ti. 1:5; 2 Ti. 2:22.
 - F. Debemos tener santidad y justicia supremas—1 P. 1:15-16; 2 P. 2:5, 21; Ro. 14:17; Mt. 5:20; 1 Co. 1:30.
 - G. Debemos tener brillantez y rectitud—Jn. 8:12; Lc. 11:34-36; Sal. 36:7-10; 111:1.
- II. Cristo debería ser nuestra humanidad, y ser hallados en Cristo se refiere a nuestra humanidad; somos transformados de meramente estar en Cristo a ser hallados en Cristo—2 Co. 12:2; Fil. 3:9:**
- A. La humanidad cristiana no se refiere a nuestras virtudes naturales; más bien, es el Cristo que vive en nosotros y que se expresa en nuestro vivir; necesitamos ser hallados en Cristo, y deberíamos magnificar a Cristo en nuestro cuerpo—1:19-21a; 2 Co. 12:2.
 - B. Cada una de las siguientes seis virtudes —todo lo que es verdadero, honorable, justo, puro, amable y que es de buen nombre (Fil. 4:8)— es difícil de alcanzar desde la perspectiva del hombre, pero podemos tener todas estas virtudes en Cristo que nos reviste de poder (v. 13).
 - C. De este modo, en nuestro vivir expresamos piedad y la humanidad apropiada, que es sencillamente Cristo manifestado en nuestros cuerpos y expresado por medio de nuestro vivir.
 - D. Una vez perdemos la humanidad apropiada, no tenemos la posición y el derecho de servir al Señor; por gracia necesitamos mantener esta vida al asirnos de Cristo, la humanidad apropiada.
- III. Nuestra humanidad es salvaguardada al nosotros amar al Señor—Jn. 21:15-17:**
- A. Si no amamos al Señor, perderemos la restricción que proviene de ser atraídos por Él y estaremos sujetos a hacer cualquier cosa y hacerlo todo—2 Co. 5:14-15; Cnt. 1:4; cfr. 2 Ti. 1:15; 4:10, 14; cfr. Ef. 4:17-21.
 - B. Necesitamos acudir al Señor para que nos guarde de que cambiemos y nos preserve hasta el fin; si amamos la manifestación del Señor, seremos guardados en

la esfera donde Cristo es nuestra humanidad, y cuando Él regrese, seguramente seremos recompensados—Jn. 14:21; 2 Ti. 1:15-18; 4:7-8.

IV. Podemos ver la humanidad de Jesús en la ofrenda de harina, la cual tipifica a Cristo en Su vivir del Dios-hombre; la ofrenda de harina también tipifica nuestra vida cristiana y vida de iglesia como duplicación del vivir del Dios-hombre que Cristo llevó—Lv. 2:1-16; Sal. 92:10; 1 P. 2:21; Ro. 8:2-3, 11, 13; 1 Co. 12:12; 10:17:

- A. La flor de harina, el principal componente de la ofrenda de harina, representa la humanidad de Cristo, la cual es fina, perfecta, tierna, equilibrada y recta en todo sentido, sin manifestar exceso ni deficiencia alguna; esto representa la belleza y excelencia del vivir humano de Cristo y de Su diario andar—Lv. 2:1; Jn. 18:38; 19:4, 6b; Lc. 2:40; 23:14; Is. 53:3.
- B. El aceite de la ofrenda de harina representa al Espíritu de Dios como el elemento divino de Cristo—Lv. 2:1; Lc. 1:35; 3:22; 4:18; He. 1:9.
- C. Que en la ofrenda de harina se mezclara la flor de harina con el aceite representa la mezcla de la humanidad de Cristo con el Espíritu Santo y la mezcla de Su naturaleza humana con la naturaleza divina de Dios, lo cual hacía de Él un Dios-hombre que poseía la naturaleza divina y la naturaleza humana de modo distinguible, sin que se produjera una tercera naturaleza—Lv. 2:4-5; Mt. 1:18, 20.
- D. El olíbano aplicado a la ofrenda de harina representa la fragancia de Cristo en Su resurrección; la aplicación del olíbano a la flor de harina significa que la humanidad de Cristo lleva el aroma de Su resurrección—Lv. 2:1-2; cfr. Mt. 2:11; 11:20-30; Lc. 10:21.
- E. La sal, con la cual era sazonada la ofrenda de harina, representa la muerte, o la cruz, de Cristo; la sal cumple la función de sazonar, matar los gérmenes y conservar—Lv. 2:13.
- F. Que la ofrenda de harina no tuviera levadura significa que en Cristo no hay pecado ni ninguna cosa negativa—vs. 4-5, 11a; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 1 P. 2:22; Lc. 23:14; cfr. 1 Co. 5:6-8.
- G. Que la ofrenda de harina no tuviera miel significa que en Cristo no hay afecto natural ni bondad natural—Lv. 2:11; Mt. 10:34-39; 12:46-50; Mr. 10:18.

V. Si comemos a Cristo como ofrenda de harina, llegaremos a ser lo que comemos y viviremos en virtud de lo que comemos; al ejercitar nuestro espíritu para tocar al Espíritu consolidado en la Palabra, comemos la vida y el vivir humanos de Jesús, llegamos a estar constituidos de Jesús, y el vivir humano de Jesús llega a ser nuestro vivir humano—Jn. 6:57, 63; 1 Co. 10:17; Fil. 1:19-21a; Ef. 6:17-18; Jer. 15:16; Gá. 6:17.

VI. El Espíritu, quien aún no había porque Jesús no había sido aún glorificado en resurrección, es el Espíritu con la humanidad de Jesús; el Espíritu hoy ha sido constituido de la humanidad glorificada de Jesús—Lc. 24:26; Jn. 7:37-39; Hch. 16:7:

- A. Este Espíritu, quien es el agua viva que bebemos y que fluye desde nuestro interior, está constituido de la humanidad de Jesús; sin la humanidad de Jesús, jamás podría haber tal Espíritu.

- B. Sin la esencia humana, el Espíritu de Dios no podría ser el agua de vida que fluye; para que Dios fuese un río de vida que fluye, Él debía ser constituido de la naturaleza humana de Jesús.
- C. “Ahora tenemos el Espíritu del glorificado Jesús [...] nosotros le hemos recibido como una corriente que fluye dentro de nosotros, a través de nosotros y brota desde nosotros en ríos de bendición” (Andrew Murray).
- D. Debemos considerar quién es este “Mí” en las palabras de Jesús: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba”; este “Mí” no solamente alude a la persona divina, sino al hombre Jesús; por tanto, cuando venimos a Jesús para beber de Él, venimos a beber de este hombre; bebemos no sólo de Su divinidad, sino más aún de Su humanidad:
 1. A fin de tener el fluir de vida, todos nosotros debemos beber de la humanidad de Jesús; debemos beber no sólo del Espíritu de Dios, sino también del Espíritu de una persona exaltada, el Espíritu de un hombre exaltado—1 Co. 12:13.
 2. Necesitamos beber del hombre resucitado y ascendido, Jesús; la abundante suministración no es meramente del Espíritu de Dios, sino del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19.
 3. Nuestro vivir cristiano tiene que estar conformado a la norma de la humanidad de Jesús; no deberíamos ser naturalmente humanos sino “Jesúsmente” humanos.
 4. Nosotros bebemos del Espíritu de Jesús para recibir la humanidad de Jesús; si a diario bebemos del Espíritu de Jesús, todo lo que seamos será un fluir de vida que no sólo nos satisfará a nosotros, sino también a otros.
- E. Debemos disfrutar el Espíritu de la humanidad de Jesús para el servicio en la iglesia, para nuestro andar diario y para el recobro del Señor—1 Ti. 2:8-10; 3:2-3, 8, 11, 14-15; 5:1-2; 2 Ti. 3:1-5, 16-17; 2:21-22; 1:7; 4:22; Tit. 2:2-6; Gá. 5:22-23; Fil. 2:15; 4:8.
- F. Los creyentes son la sal de la tierra, aquellos que matan y eliminan los gérmenes de corrupción y podredumbre que hay en la tierra; el elemento básico de la sal es la humanidad de Jesús—Mt. 5:13; cfr. Lv. 2:13.
- G. Los creyentes son la luz del mundo, aquellos que alumbran su luz delante de los hombres para disipar las tinieblas del mundo; podemos ser la luz sólo al tomar la humanidad de Jesús—Mt. 5:14-15; Ef. 5:8.

VII. La manera de disfrutar la humanidad de Jesús es mediante cinco ítems principales:

- A. Necesitamos invocar el nombre del Señor con un corazón puro; cuando invocamos el nombre del Señor, verdaderamente recibimos Su humanidad dentro de nosotros—2 Ti. 2:22.
- B. Necesitamos inhalar cada palabra de las Escrituras dadas por el aliento de Dios; esto es orar-leer y reflexionar sobre la palabra de Dios—3:16; Ef. 6:17-18; Sal. 119:15 y la nota 1.
- C. Necesitamos practicar la vida del Cuerpo; nosotros seguimos a Cristo como justicia, fe, amor y paz “con los” que invocan el nombre del Señor; *con los* indica la vida del Cuerpo—2 Ti. 2:22; Ro. 12:1-3.

- D. Necesitamos ejercitar nuestro espíritu (1 Ti. 4:7); “No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”—2 Ti. 1:7.
- E. Necesitamos experimentar el hecho de que el Señor está con nuestro espíritu para tener la presencia de la gracia—4:22; Gá. 6:18.

VIII. Debemos orar por toda la situación del recobro del Señor a fin de que todos los hermanos y hermanas en las iglesias locales puedan tener el disfrute pleno de la humanidad de Jesús.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

**LA HUMANIDAD DE JESÚS
ES NECESARIA PARA QUE LA VIDA FLUYA**

Juan 7:37-39: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aún no había el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado”.

Esta porción de la Palabra guarda una relación muy estrecha con la humanidad de Jesús. Todos conocemos bien estos versículos; creo que muchos hasta podemos recitarlos. En estos versículos centramos nuestra atención sobre todo en el asunto del agua viva; y tenemos claro que el agua viva es simplemente el Espíritu. Pero tal vez nunca hemos visto que en este pasaje, el Espíritu está muy relacionado con la humanidad de Jesús. Este Espíritu, quien es el agua viva que fluye de nosotros, está constituido de la humanidad de Jesús. Sin la humanidad de Jesús, jamás podría haber tal Espíritu. El versículo 39 aclara que aún no había el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado. Esto comprueba que el Espíritu está constituido de la humanidad glorificada de Jesús. Debemos darnos cuenta de que, al llegar a este punto, las Escrituras están hablando de una humanidad resucitada.

EL ESPÍRITU DE JESÚS

El Espíritu mencionado aquí es diferente al Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios ya existía. Nunca podremos decir que aún no había el Espíritu de Dios. Sin embargo, aquí aún no había el Espíritu al que se refería el Señor Jesús. Así que, este Espíritu debe ser algo nuevo y diferente del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios estaba constituido solamente de la esencia divina de Dios; pero después de la resurrección de Cristo, el Espíritu fue constituido de algo más. Él no sólo tenía la esencia divina, sino también la esencia humana. Originalmente, el Espíritu de Dios estaba constituido sólo de la esencia de Dios, pero ahora el Espíritu de Jesús no sólo estaba constituido de la esencia de Dios, sino también de la esencia de un hombre. Antes el Espíritu tenía un solo elemento, el divino; pero ahora el Espíritu de Jesús tiene dos elementos, el divino y el humano. De esta manera, antes que Jesús fuese glorificado, o sea, antes de Su resurrección, aún no había el Espíritu de Jesús. El Espíritu con la esencia divina estaba allí, pero aún no había el Espíritu que posee la esencia divina y la esencia humana.

Sin la esencia humana, el Espíritu de Dios no podía ser el agua de vida que fluye. Para que Dios fuese un río fluyente de agua de vida, Él debía ser constituido de la naturaleza humana de Jesús. Por ejemplo, usted no puede servir té sin agua. Si desea servir té, debe añadir té al agua. Antes que Jesús resucitara, el Espíritu de Dios era poderoso, pero no podía ser la vida que fluye en el hombre. Si Él iba a fluir en el hombre, la naturaleza humana de Jesús debía ser añadida dentro de Su ser. Si el Espíritu de Dios debía ser la vida que fluye en los ángeles, posiblemente no necesitaría la humanidad de Jesús. Pero para ser la vida que fluye al hombre, Él necesita el elemento humano; necesita la naturaleza humana de Jesús.

UNA CONFIRMACIÓN POR ANDREW MURRAY

Hace dieciocho o veinte años atrás comenzamos a ver este asunto en Juan 7:37-39. En ese tiempo comenzamos a ministrar según lo que habíamos visto y experimentado. Sin embargo, siempre titubeaba un poco en decir que el Espíritu de Jesús contiene no sólo el elemento divino, sino también la esencia humana. Decir esto no es algo insignificante. Sabíamos que al afirmar que la esencia humana se hallaba ahora en el Espíritu Santo, algunos nos podían acusar de enseñar herejías. ¿Cómo puede tener el Espíritu Santo un elemento humano? Sin embargo, conforme a la luz que habíamos recibido del Señor y a las experiencias que habíamos tenido en el pasado, vimos que tal afirmación era absolutamente la verdad. Hoy en día el Espíritu de Jesús contiene el elemento humano.

Un día, al leer el capítulo 5 del libro *El Espíritu de Cristo*, por Andrew Murray, obtuve una fuerte confirmación. Este capítulo ha estado allí por años, pero para muchos es algo completamente nuevo. Veamos lo que Andrew Murray dice:

Sabemos cómo es que el Hijo, quien había estado con el Padre desde la eternidad, entró a una nueva etapa de existencia cuando llegó a ser carne. Cuando regresó al cielo, Él seguía siendo el mismo Unigénito de Dios; sin embargo, no era del todo igual. Porque ahora como Hijo del Hombre, también era el Primogénito de entre los muertos, vestido de esa humanidad glorificada que Él había perfeccionado y santificado para Sí mismo. Así pues, cuando fue derramado en Pentecostés, el Espíritu de Dios era ciertamente algo nuevo [...] Cuando fue derramado en Pentecostés, Él vino como Espíritu del glorificado Jesús, el Espíritu del Cristo encarnado, crucificado y exaltado; Aquel que ahora tiene y nos transmite, o comunica, no sólo la vida de Dios como tal, sino esa vida que había sido entretejida con la naturaleza humana en la persona de Cristo Jesús.

Cristo no sólo vino para liberar al hombre de la ley y su maldición, sino que también trajo de nuevo la comunión entre la naturaleza humana misma y la vida divina, a fin de hacernos participantes de la naturaleza divina. Él pudo hacer esto, no por el ejercicio del Poder Divino sobre el hombre, sino solamente en virtud de un desarrollo humano libre, moral y muy real. Así pues, Él tenía que santificar esa carne y lo hizo en Su propia persona, haciéndose carne [...] Luego, de Su naturaleza, que había sido glorificada mediante la resurrección y ascensión, surgió Su Espíritu, o sea, el Espíritu de Su vida humana, que fue glorificada al entrar en una unión con la vida divina, a fin de hacernos partícipes de todo lo que Él había logrado y adquirido personalmente de Sí mismo y de Su vida glorificada. En virtud de la expiación realizada por Cristo, el hombre ahora tenía como nunca antes el derecho legal y el título de propiedad para participar de la plenitud del Espíritu divino, y para que habitara en él el Espíritu mismo. Además, en virtud de haber perfeccionado en Sí mismo una nueva y santa naturaleza humana para nosotros, Él ahora podía comunicar lo que antes no existía, a saber, una vida que a la vez es humana y divina.

Cristo ha entrado en el Lugar Santísimo vestido de nuestra naturaleza humana, en nuestra carne [...] En nuestro lugar y por nosotros, Él como hombre y como Cabeza del hombre fue admitido allí en la plena gloria del Divino, y Su naturaleza humana vino a ser el receptáculo e impartidor del Espíritu Divino. El Espíritu Santo pudo descender como el Espíritu del Dios-hombre,

siendo ciertamente el Espíritu de Dios como verdaderamente el espíritu del hombre. Él podía venir como el Espíritu del glorificado Jesús a fin de morar en todos los que creyesen en Jesús, es decir, como el Espíritu de Su vida personal y Su presencia personal y, al mismo tiempo, el Espíritu de la vida del creyente. De la manera que en Jesús se efectuó la unión perfecta de Dios y el hombre, la cual finalmente culminó cuando Jesús se sentó en el trono y entró a una nueva etapa de existencia, a una gloria que hasta ese momento no había conocido, así también ahora mediante la vida y la obra del Espíritu había comenzado una nueva era. Ahora Él podía venir a testificar de la perfecta unión de lo divino y lo humano y, al llegar a ser nuestra vida, hacernos partícipes de ella. *Ahora tenemos* el Espíritu del glorificado Jesús; Él ha derramado tal Espíritu; y nosotros le hemos recibido como una corriente que fluye dentro de nosotros, a través de nosotros y brota desde nosotros en ríos de bendición.

Debemos procurar conocer esta nueva vida, la vida de la gloria y el poder divinos que está en la naturaleza humana, de la cual el Espíritu del glorificado Jesús debe ser el Testigo y Portador [...] Tenemos un interés personal muy acentuado por conocer y entender qué significa que Jesús sea glorificado, que la naturaleza humana comparte la vida y la gloria de Dios, y por qué aún no había el Espíritu cuando Jesús no era glorificado.

De esto hablaba Jesús cuando dijo que no tendremos sed jamás y que de nuestro interior correrían ríos de agua viva. Esto es lo único que satisface la sed de nuestra alma sedienta y hace de nosotros una fuente que vivifica a otros: el propio Espíritu Santo que, al morar en nuestro interior, nos revela la presencia del glorificado Jesús.

DE UNA FORMA MÁS BAJA A UNA MÁS ALTA

Dicho de forma simple y breve, Jesús era el Dios encarnado que se hizo hombre, y después fue crucificado y resucitado. Mediante Su crucifixión y Su resurrección, Él fue transfigurado de una forma baja a una más alta. Por ejemplo, supongamos que tenemos una semilla que posee cierta vida. Aunque su forma es baja, si se siembra la semilla en la tierra, al pasar por la descomposición y la muerte, crecerá de este nivel bajo a uno más alto (véase 1 Co. 15:37, 42, 43). Antes era una semilla, pero ahora ha llegado a ser una flor. La forma de la semilla es más baja, mientras que la etapa de la flor es mucho más alta. Esto mismo sucedió con Jesús cuando estaba en la carne, antes de Su crucifixión. Mediante Su muerte y Su resurrección, la forma baja que Él había tomado fue elevada; sin embargo, Su naturaleza permaneció igual. Su esencia y Su naturaleza eran las mismas, pero Su forma era diferente. Él era carne antes de la crucifixión y seguía siendo carne aún después de la crucifixión (Lc. 24:39), pero la forma había cambiado. Él no abandonó Su carne cuando pasó por la muerte y la resurrección; aún tenía la carne, pero de una forma más alta y resucitada. Entonces, desde este Jesús resucitado y ascendido vino el Espíritu de Jesús. Todo lo que está en Jesús y todo cuanto Él ha obtenido y conseguido, todo está ahora en el Espíritu de Jesús.

Supongamos que tenemos una tetera llena de té de la cual servimos una taza de té. Obviamente lo que contiene la tetera será exactamente igual al contenido de la taza. El té que contiene la taza es igual que el que está en la tetera. El Espíritu de Jesús provino del Jesús resucitado y ascendido, con lo cual entendemos que hoy en día el Espíritu de Jesús no sólo tiene la esencia divina, sino también la esencia humana de Jesús; no sólo contiene la divinidad,

sino también la humanidad. Debemos considerar quién es este “Mí” revelado en las palabras de Jesús: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba”. Este “Mí” no solamente alude a la persona divina, sino también a un hombre. Así que, cuando acudimos a Jesús para beber de Él, acudimos a este hombre. No sólo bebemos de Su divinidad, sino más aún de Su humanidad. El té contiene una gran cantidad de agua, pero no lo llamamos agua sino té.

EL CONCEPTO NATURAL

Me temo que cuando muchos de nosotros venimos a Jesús para beber de Él, aún pensemos que sólo le bebemos como una persona divina. Pocos cristianos hoy en día saben que al beber de Jesús, no sólo beben de una persona divina, sino también de un ser humano. Ellos no sólo están bebiendo de la divinidad de Jesús, sino aún más de Su humanidad.

He visto a muchos que han recibido la llamada experiencia pentecostal y la manifestación de los dones; pero lo extraño era que en su vida diaria no fluía la vida. Ellos frecuentemente hablaban en lenguas y ejercitaban muchos de los dones en las reuniones, pero cuando estaban en sus hogares no tenían el fluir de vida. Por muchos años estuve observando esta situación. Por supuesto, es normal que quienes aman al mundo y no se preocupan por los intereses del Señor, no tengan el fluir de vida; pero ¿cuál es la razón por la que los que están tan entregados a la manifestación de los dones no lo tengan? Estoy convencido de que la respuesta está en Juan 7. Para tener el fluir de vida, todos debemos beber de la humanidad de Jesús. Debemos beber no sólo del Espíritu de Dios, sino del Espíritu de una persona exaltada, el Espíritu de un hombre exaltado. Nuestro entendimiento es que sólo bebemos del Espíritu de Dios, pero esto no es adecuado. Si bebemos sólo agua, todavía hace falta el té. Hoy en día tenemos que beber “té”; o sea, debemos beber de la humanidad de Jesús. Tenemos que beber de Jesús, el hombre resucitado y ascendido; Él no sólo es el Espíritu de Dios, sino también el Espíritu de Jesús. Además, la abundante sumministrazione que recibimos no procede del Espíritu de Dios, sino del Espíritu de Jesucristo (Fil. 1:19).

CRISTIANOS NORMALES

Ahora apliquemos todo esto de manera práctica. A muchos cristianos les gustaría ser ángeles, y todos anhelamos ser poderosos, espirituales y celestiales. Tal vez usted nunca deseó ser un ángel, pero sí deseaba ser una persona espiritual con poder y capaz de hacer muchos milagros. Pero entre los millones de cristianos hoy en día, ¿dónde está tal hombre? Siempre nos llegan informes exagerados, pero cuando vamos a constatarlos, resulta que no era nada. En la actualidad, la economía de Dios no es así, puesto que Su propósito es que bebamos de Su humanidad elevada. Dios no tiene la intención de hacernos ángeles, sino de hacernos cristianos normales que tienen una humanidad normal. Ciertamente no quiero dar a entender que debemos ser naturalmente humanos, sino que debemos ser “Jesúsmente” humanos. No necesitamos más de nuestra humanidad pobre y caída. Nuestra humanidad no es adecuada para que se la presentemos a Dios Padre como una ofrenda de harina. Ella sólo es buena para el lago de fuego.

Si hemos de ser personas apropiadas, debemos aprender a tomar la humanidad de Jesús. Si bajo la soberanía de Dios usted es un joven, debe conducirse como un joven apropiado, o sea, no según la norma del mundo sino según la humanidad de Jesús. Si bajo la soberanía de Dios usted es una esposa, un esposo, un padre o madre, usted no debe ser uno que se rige por su propia norma, sino por la norma de Dios. La intención de Dios es que tengamos una familia apropiada, pero no por medio de nuestra humanidad sino por la humanidad de Jesús. Debemos ser distintos de los demás esposos o esposas, ya sean buenos o malos; la norma de ellos no es la

nuestra. Nuestra norma es mucho más alta y más práctica que la de ellos: nuestra norma es la humanidad de Jesús.

¿Dónde se halla la humanidad de Jesús hoy en día? Ya hemos visto que la humanidad de Jesús está en el Espíritu de Jesús. Si bebemos el Espíritu de Jesús, obtendremos el elemento de Su humanidad. Si usted es un esposo, la humanidad del Señor lo fortalecerá para que usted sea un esposo que está completamente en acorde con la economía de Dios, y no conforme a ninguna norma cristiana o social. Ni el cristianismo ni la sociedad deben ser el patrón de nuestra vida humana. Nuestro vivir cristiano debe estar conformado a la norma de la humanidad de Jesús.

Los jóvenes me han preguntado si los cristianos deben hacer algún ejercicio físico para estar saludables. Necesitamos ejercicio, pero hacer ejercicio como el mundo lo hace no está bien. Aun en el asunto del ejercicio corporal necesitamos la humanidad de Jesús. Algunos jóvenes que buscaban seguir al Señor me dijeron que ellos nunca podrían hacer ejercicio con los incrédulos; y les dije que estaban ciento por ciento en lo correcto. No creo que ningún cristiano, que es uno con el Señor, pueda jugar ciertos juegos o formar parte de ciertos equipos. Yo hago ejercicios corporales, pero no según mi humanidad natural sino según la humanidad de Jesús. No es un asunto de si hacemos ejercicios o no; esto es algo que depende absolutamente de qué clase de humanidad estamos usando. Si usted ejercita su propia humanidad, está equivocado. Todos debemos ser uno con Jesús en todo lo que hacemos, tomándolo a Él como nuestra humanidad. Si no podemos tomar Su humanidad en nuestra línea de conducta, es mejor no hacer nada. No les estoy diciendo que no seamos seres humanos. Debemos ser los mejores seres humanos, pero no por nuestra propia humanidad. Necesitamos la humanidad de Jesús, y esta humanidad se halla en el Espíritu de Jesús.

LA VIDA QUE FLUYE Y SATISFACE

Es en la humanidad de Jesús que tenemos la vida, el crecimiento en vida y el fluir de vida, y este fluir es el que satisface a otros. Si bebemos diariamente del Espíritu de Jesús, todo lo que seamos será un fluir de vida que nos satisfará no sólo a nosotros, sino también a los demás. Tal fluir de vida no es algo que se relacione con el hablar en lenguas o la manifestación de dones, y tampoco se relaciona con el poder, el conocimiento o la enseñanza; más bien, es una vida en la que siempre bebemos de Jesús. Esta vida no se manifiesta de forma milagrosa, divina o celestial, sino de una forma muy humana.

Ser madre es un asunto muy humano, pero usted no debe ser una madre que actúa por su propia humanidad, sino por la humanidad de Jesús. No quiero decir que si antes usted no cuidaba de su familia adecuadamente como madre, ahora debería ser más humana para cuidar mejor de su familia. Ésta no es la revelación que recibimos del Señor, sino la cultura de la sociedad humana. Lo que quiero decir es que usted debe ser una madre según la humanidad de Jesús. Y, como esposa, necesita ser una esposa que vive por la humanidad de Jesús.

Debemos ser seres humanos apropiados, pero no por medio de nuestra humanidad sino por la humanidad del Señor. Si somos una esposa, debemos serlo por medio de la humanidad del Señor; si somos un esposo, también debemos serlo por medio de Su humanidad; los estudiantes deben ser estudiantes por medio de la humanidad de Jesús. Finalmente todos seremos muy distintos, y sin embargo tan humanos. Seremos aquellas esposas, esposos, estudiantes, padres, hijos y maestros por medio de la humanidad de Jesús. Si somos tales personas, tendremos el fluir de vida que satisfará a otros. Estoy seguro de que si todos los hermanos y hermanas que son maestros fuesen esta clase de personas, habría un verdadero fluir de vida en las escuelas. Tanto los otros maestros como los estudiantes se darán cuenta de que hay algo

en ustedes que les satisface, que es viviente y fluye dentro de ustedes. Tal vez ellos no serán capaces de explicarlo, pero lo podrán percibir.

Si usted es un hermano que bebe de Jesús, disfrutando de Su humanidad, aunque quizás parezca que no tiene poder, el fluir de vida dentro de usted satisfará, convencerá, atraerá y finalmente convertirá a otros. Así es como se esparce el evangelio en la vida de iglesia. Esta clase de predicación del evangelio no depende mucho del poder, sino de la vida que disfruta de la humanidad de Cristo.

La humanidad de Jesús no sólo tiene mucho que ver con la constitución de las personas dotadas, sino que además produce el fluir de la vida interior que satisface a otros. No podemos tener este fluir de vida a menos que disfrutemos de la humanidad de Jesús, al beber del Espíritu de Jesús todo el tiempo. Debemos tener un verdadero cambio de concepto. Cada vez que oremos debemos orar con este concepto en mente. Cada vez que estemos bebiendo del Espíritu, debemos estar bebiendo con este nuevo concepto. No estamos bebiendo del Espíritu para tener poder, fuerza o hacer milagros, sino que estamos bebiendo del Espíritu de Jesús para recibir la humanidad de Jesús. Como dijo Andrew Murray, esto no se logra con el ejercicio del poder divino, sino con el verdadero desarrollo humano. En nuestra vida humana necesitamos la humanidad apropiada, y esta humanidad apropiada no es la nuestra, sino la de Jesús. Su humanidad no es solamente pura, sino que también ha sido resucitada y elevada. Su humanidad ha sido transfigurada de una etapa más baja a una más alta. Ahora, en nuestra vida humana, debemos beber de esta humanidad que es más alta y elevada. Que el Señor nos conceda Su gracia para que podamos poner todas estas cosas en práctica. (*Cristo como la realidad*, págs. 127-136)